

Martes XVII Ciclo B



30 de julio de 2024

Jr 14, 17-22

Sal 78

Mt 13, 36-43

P. Eduardo Suanzes, msps

No sé si se han fijado, pero en la explicación de Jesús de la parábola de la cizaña la buena semilla no es la palabra, no es el mensaje de Jesús: la buena semilla, dice Jesús, «*son los ciudadanos del reino*», es decir, los que han acogido la palabra, el mensaje; los que se han identificado con el programa de las bienaventuranzas, que es el nuevo código del reino de Jesús. Esos son la buena semilla y Jesús es el sembrador que los siembra, porque Jesús siembra la buena semilla. Este es un primer dato.

Luego, hay que darse cuenta que el sembrador de la cizaña lo hace después de que Jesús haya sembrado la semilla, es decir, después de que haya sembrado en el campo de la vida a aquellos que le han acogido a él. Por lo tanto está cizaña se identifica con el mal dentro de la comunidad cristiana; son los que realizan las desviaciones con el nombre cristiano. Estos son los «*árboles que dan malos frutos*», «los falsos profetas» que se dicen en otros pasajes del evangelio. Es decir que frente a aquellos que trabajan por la paz y colaboran con Jesús en la obra de la salvación, surgen sus antagonistas, «*los partidarios del maligno*», es decir los que siguen un programa opuesto al de las bienaventuranzas, dentro de la misma comunidad cristiana. Y estos, que han sido sembrados por el Malo seguirán su programa sintetizado en las tres tentaciones de Jesús en el desierto: son los partidarios del poder, del prestigio y de la riqueza, los que dan culto a su *falso yo*. Son los que se arrojan un rango despreciando a los demás (es decir, la ambición de poder de la tercera tentación); son los que usan sus dones, habilidades y capacidades para utilidad, prestigio o beneficio propio y no para el bien de la comunidad (primera y segunda tentación). En una palabra, la cizaña son aquellos que se oponen al desarrollo y felicidad del hermano por pretender poder o por desentenderse del prójimo.

Nos está diciendo Jesús con esta parábola, que la contradicción dentro de la comunidad cristiana existirá siempre y no hay que empeñarse en solucionarla antes de tiempo. La separación se hará al final¹.

Esta tragedia puede formularse de este modo: como el trigo y la cizaña no se dan en campos diferentes, puede entenderse también que el campo es nuestro corazón. Trigo y cizaña habitan juntos en cada corazón humano.

Más aún: en la medida en que venimos a conocer el funcionamiento de la sombra, proyectada por esos sótanos oscuros que nos habitan, nos percatamos de que es precisamente aquello que más nos crispera, lo que más nos enoja que vemos en nuestro hermano, está precisamente en nosotros mismos: en realidad es nuestra cizaña interior. La

¹ Cfr. JUAN MATEO Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

"cizaña" que más detestamos en el prójimo es aquella que más escondida se halla en nuestro interior.

Por eso, la actitud sabia es la de «*dejarlos crecer juntos*». Tal actitud remite precisamente a lo que tenemos que hacer con la propia sombra: reconocerla, ponerle nombre, aceptarla, abrazarla, para poder reconocerla como propia. Esto hará posible que el Espíritu Santo, que es el gran terapeuta divino pueda curarla, con lo que dejaremos de proyectarla en los demás y renunciaremos a juzgarlos.

El regalo que tal trabajo esconde para quien lo emprende es un crecimiento en integración y en humildad. Pero, no nos podemos quedar ahí. Sabemos que el hombre verdadero, el hombre nuevo, el verdadero yo es Cristo Jesús, el hombre sin cizaña, porque él siembra la buena semilla, él siembra a su seguidor, él lo hace crecer y dar fruto. No es cristiano decir que **como soy humano** he de tener cizaña, porque ser cristiano significa caminar hacia la transformación en Cristo Jesús verdadero Dios, sí, pero verdadero hombre. El verdadero ser humano, el hombre verdadero es un hombre sin cizaña, esa es la humanidad de Jesús. Por eso hay que trabajar en no convertirnos en cizaña, trabajar para seguir siendo las buenas semillas que Jesús siembra, las que se identifican con el código del reino que es el de las bienaventuranzas.

A menudo uno se encuentra en la confesión que la persona que pide perdón dice además: «—Padre, pero es que soy humano». No, el pecado, nuestra cizaña, no es de ser humanos: es, precisamente, nuestra parte inhumana y conviene que la identifiquemos para que pueda ser curada, no escudarnos en ella haciéndola formar parte de nuestro ser. No. No pertenece a nuestro ser de humanos.

Jesús explica todo esto a sus discípulos, es decir, que la comprensión no se produce en virtud de un acto de revelación sobrenatural, sino por la enseñanza de Jesús, el «único maestro», a los discípulos. Discipulado significa «escuela». ***Eso es lo que se produce en la oración, en el encuentro de persona a persona con Jesús.***

Esta nueva vida, esta nueva comprensión, no se impone sobre nuestra naturaleza como un ático sobre un apartamento. Al contrario. Para que esta nueva vida crezca necesita el espacio que ocupa el viejo edificio. Esto implica una total demolición, o, por lo menos, una renovación completa de arriba abajo de nosotros mismos: es llegar al fondo de lo que somos. Imaginemos que alguien tiene un solar en Wall Street en el que se alza una vieja vivienda. Sería demasiado caro comprar otro solar y construir un edificio nuevo junto al viejo. Lo lógico sería demoler el edificio antiguo y construir el nuevo en su lugar.

La única parcelita en toda la creación sobre la que Dios nos ha dado poder y responsabilidad somos nosotros mismos: debemos, pues ponerla en disposición de que se cree un nuevo edificio en nuestro interior. En ese espacio sólo hay lugar para un edificio: el que nosotros hemos edificado, o el que Dios quiere construir. Hay que elegir².

² Cfr. THOMAS KEATING. *Crisis de fe, crisis de amor*. Ed. St. Bede's Publications, Petersham, Massachussets.